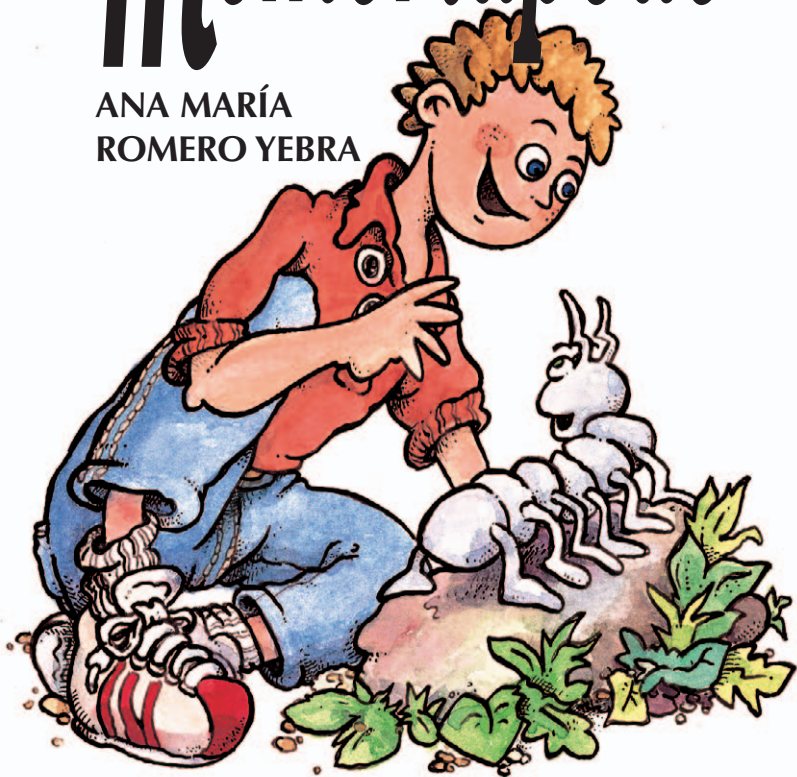


El memoriápodo

ANA MARÍA
ROMERO YEBRA



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Ángel Fernández

Diseño

Alfonso Méndez Publicidad

Impresión

Brosmac, S.L.

Villaviciosa de Odón (Madrid)

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-89655-34-8

© Ana-María Romero Yebra

© de la edición en castellano

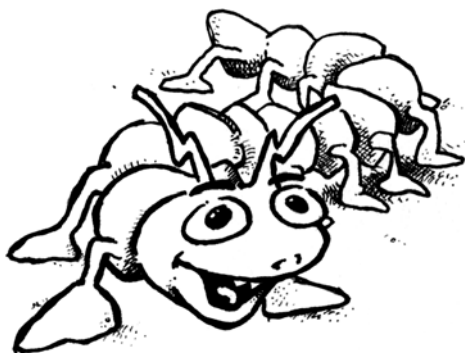
DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es





El **memoriápodo**

ANA-MARÍA ROMERO YEBRA

 **DYLAR**
ediciones

Ana-María Romero Yebra



Ana-María nació en Madrid, pero en el año 81 se trasladó a Almería, donde realizó tres cursos de cerámica, tras los cuales participó en distintas exposiciones colectivas e individuales por toda España.

En cuanto a la literatura, pronto empezó a participar en Jornadas, Encuentros, Talleres, Congresos... todo para fomentar la literatura infantil. Ha publicado una docena de libros en distintas editoriales, ha sido premiada varias veces (el más reciente es el Premio Diputación de Guadalajara, 1994, por su poemario *Mirando escaparates*).

También colabora con los medios de comunicación almerienses y ejerce como maestra en un barrio marginal de la ciudad en la que vive.

Rellena tu ficha



La autora de *El memoriápodo* se llama y, aunque nació en Madrid, ahora vive en

Su primera afición fue la
..... y ha realizado varias exposiciones por toda España.

Suele participar en Jornadas, Talleres y Congresos para el
..... de la
..... infantil.

Ha publicado libros, y también escribe, como los que recibieron el premio de la Diputación de Guadalajara. Además, trabaja como.....
..... en Almería.



El potito

Cuando Santi llegó del colegio su madre estaba esperándole. Se había puesto el vestido azul, el nuevo, y los zapatos de tacón.

Nada más verle entrar cogió el abrigo del perchero y, mientras se metía las mangas, le dijo:

—Te he dejado la merienda en la cocina. Me voy al dentista, que no sé si hoy por fin me empastará la muela, así que no puedes salir ni hacer los deberes en casa de Luisito hasta que yo vuelva. Tienes que quedarte con Rosi.

—No, si no pensaba salir. Mañana me preguntan las tablas de multiplicar saltea-

das y no me las sé; tengo que estudiármelas esta tarde. La señorita Clara dijo que como me equivocara, me las haría copiar cien veces en el recreo.

—¡Qué barbaridad, Santi! ¡Con la de veces que papá y yo te las hemos preguntado! ¿Es que no te las has podido aprender todavía?

—Sí, mamá. Pero es que se me olvidan...

—¡Qué desastre! Bueno, ten cuidadito con todo y no se te ocurra abrir a nadie, ya sabes que papá tiene llave. Además, hoy no vendrá hasta las nueve; ha llamado hace un rato y seguramente llegaré yo antes que él. A ver si acabo rápido; no creo que me entretenga mucho este hombre con la muela.

Siguió hablando mientras se abrochaba el abrigo. Santi pensó que su mamá se había puesto muy guapa. Era una mamá guapa.

—Rosi está durmiendo, así que no hagas ruido para que no se despierte antes de tiempo y podrás estudiar las tablas más tranquilo. Cuando la oigas lloriquear, la levantas con cuidadito, le das la merienda y la metes en el parque. ¿Entendido?

—Sí, mamá.

—Aunque esté con pipí, no le hagas nada, no vaya a ser que se te caiga.

—¿Dejas preparada su merienda?

—Sí. El potito está en agua caliente en el cazo. Que se lo coma todo y si ves que tiene sed, le das un biberón de leche detrás o un poquito de zumo.

—Bueno, no te preocupes. No voy a hacer ruido ninguno, ni pondré la tele. Voy a estudiar. A lo mejor cuando vuelvas está durmiendo aún.

—¡Ojalá! Bueno, hasta luego.

* * *

A las ocho y cuarto, con la muela empastada, volvió Rosa, la madre de Santi. Nada más salir del ascensor escuchó el llanto de la niña a través de la puerta cerrada de su casa.

—¿Qué ocurre, Santi? —preguntó entrando apresuradamente.

—¡Nada! ¡Qué va a pasar! ¡Que Rosi es una pelma! Me he pasado toda la tarde con ella en brazos y no ha parado de berrear. ¡No he podido estudiar nada! ¡Menudo tostón! ¡No sé qué le pasa!

—¿Se ha hecho caca?

—¡Qué va! ¡Ya la miré! Debe ser que no está acostumbrada a que la dejes sola. Seguro que te extrañaba.

Rosi seguía hipando en brazos de su madre con un enorme desconsuelo.

—¡No digas tonterías, Santi! ¿Cómo me va a extrañar? ¡Pues anda que no se pasa ratos despierta en la cuna y en el parque, sola, sin que le haga ni caso! A ver si es que le duele algo... ¡Pobrecita! ¡Con lo que te quiere mamá! ¿Qué te pasa, chiquitina?

Pero la niña seguía llorando y llorando a más no poder.

—Es muy raro. A ver si es que le ha hecho daño la merienda y tiene gases... ¿A qué hora se tomó el potito?

—¿El potito? —preguntó Santi.

—Sí, hombre. A lo mejor se ha empachado si comió muy deprisa. ¿O le diste sólo la leche? —insistió la madre.

Santi se sintió totalmente perdido. Bajó los ojos para contestar.

—No se lo di, mamá. No le di nada. Se me olvidó.

—¡Pobre hija mía! ¡Por eso llora! ¡Angelito! ¡Muerta de hambre es lo que está, la pobrecita! ¡Qué barbaridad, Santi! ¿Cómo puedes ser así? ¡No acordarte de darle la merienda a tu hermana! A que tú sí te comiste el bocadillo, ¿eh? ¿A que sí?

Santi estaba completamente avergonzado. No sabía qué decir ni qué hacer.

—Es que... Mira mamá... Cuando yo merendé no se había despertado, luego la levanté, la puse en el parque y nada, venga a llorar, que no paraba. Y eso que me puse a jugar con ella y la tuve todo el tiempo en brazos. Lo que te digo, que no me ha dejado estudiar nada. ¡Menuda lata de niña!

—¡Cállate! ¡Cállate y vete ahora mismo a tu habitación! ¡Coge las tablas y desaparece de mi vista, que te voy a dar dos tortas que verás! ¡Pobrecita mía! ¡Qué malo es el nene! ¿Verdad? ¡Menos mal que ha vuelto mamá, que si no este bruto te mata de hambre!

En cuanto la primera cucharada del potito le llegó a la boca, la pequeña Rosi dejó de llorar. Y se tomó después todo el

biberón lleno hasta arriba. Luego volvió a dormirse, agotada por la rabieta.

* * *

—No sé lo que vamos a hacer con Santi —dijo preocupada Rosa a su marido—. ¡Mira que olvidarse de darle la merienda a la niña! ¿Tú crees que eso es normal?

—¡Claro que sí, mujer!

—Pues yo creo —insistió Rosa— que a este niño le pasa algo raro. Voy a llevarle al médico.

—No hace falta, no te preocupes. Él anda a lo suyo y tiene la cabeza ocupada con las tonterías de los chicos de su edad: el fútbol, los cromos, las cosas de la escuela, los amigos... Ha sido un despiste tonto. No le des más vueltas.

—Sí, sí. ¡Un despiste, un despiste! ¡Quisiera que hubieras visto a la pobrecita Rosi! ¡Se tiraba como una leona al potito! Este niño no está bien, te lo digo yo. Sigue sin saberse las tablas. Hoy se las ha estado estudiando.

—¿Otra vez?

—Sí, chico, otra vez. Dice que se le olvidan. ¡Y está así desde el curso pasado!



—¡Qué barbaridad! ¡No saberse las tablas!

—A lo mejor la culpa es nuestra. Deberíamos ayudarle más con las cosas de la escuela, pero yo estoy liadísima con Rosi y tú llegas siempre tan tarde... El caso es que nos ocupamos poco de sus estudios y es un desastre total. Yo creo que esta primera evaluación la suspenderá igual que la del final del curso pasado, porque a estas alturas todavía con las tablas... Por lo que me dice de las notas, no creo que ocurra un milagrito de aquí a Navidad.

—No sé. Igual se espabila —dijo el padre esperanzado, pero sin ninguna convicción.

—Yo pienso que, si sigue como hasta ahora, deberíamos llevarlo al médico o al psicólogo. Que lo vea por lo menos don Antonio, porque lo que está pasando no es normal.

—Que no, mujer, que son cosas propias de la edad. No te preocupes.

* * *

Pero Rosa estaba preocupada y una tarde se fue con Santi al médico. Don Antonio conocía a Santi desde su primer resfriado

y le dijo que todo aquello le parecían bobadas.

—No, Rosa, no le pasa nada. El niño está perfectamente. Son baches que se pueden presentar en la evolución física y carecen de importancia. Seguramente ha empleado casi toda su energía en crecer y eso le afecta a la capacidad de concentración y parece que le falla la memoria.

—Pues yo no estoy tranquila, don Antonio, por eso lo he traído. Es que se le olvida todo: las botas de fútbol aunque tenga partido, el pegamento y las tijeras las tardes de manualidades en el colegio, lo que le mando subirme del supermercado... Trae unas notas malísimas y nos tiene aburridos, porque no aprende nada. Ni mi marido ni yo sabemos qué hacer.

—Es que no hay que hacer nada. Tranquila, Rosa, que si os ve preocupados será peor. Deja que las cosas sigan su curso. Yo le veo muy bien —prosiguió el doctor—. A veces los niños tienen cierto rechazo a la escuela y no aprenden.

—Pero si él va muy contento al colegio —insistió la madre—. Y quiere mucho a su maestra.

—Si es feliz y está integrado con vosotros y en la escuela, olvídalo, Rosa, que no tiene importancia. Come bien, ¿verdad?

—Muy bien. Además le gusta comer de todo.

—Vale. Pues que siga así y no os preocupéis. Cualquiera día os dará una sorpresa y se aprenderá las tablas de cabo a rabo. ¿Verdad, Santi?

—¡Claro que sí! ¡Ya casi me las sé! —contestó el niño rápidamente.

—Otro día que vengas te las pregunto —bromeó el médico—. A ver si es verdad.

La visita a don Antonio, en el cual tenían plena confianza, tranquilizó un poco a los padres de Santi. ¡Ojalá que el médico no se equivocara!

* * *

Don Antonio se equivocó y en las semanas que siguieron Santi continuó olvidándose de las cosas: del bocata para el recreo, de los recados que su madre le mandaba hacer... incluso un par de veces se había levantado muy temprano en domingo creyendo que tenía que marcharse a clase.

¡Se le había olvidado que los domingos no hay colegio!

Rosa estaba realmente preocupada. No había quien librara a Santi del sermón siempre que le daba la lista del supermercado o le metía el bocadillo en la mochila para que no se lo dejase en casa.

—¡Es que no pones ninguna atención en lo que haces, niño! ¡No creas que voy a andar siempre detrás de ti! ¡Tienes que ser más responsable!

—Sí, mamá —decía Santi resignado.

—¿Qué tal los problemas? ¿Te los explicó papá anoche?

—Sí, sí. Pero luego me saca la seño a la pizarra y no sé lo que me pasa, que se me olvida cómo se hacen...

—Eso no puede ser, Santi. Yo creo que te distraes con una mosca que pase y no haces caso a papá tampoco.

—¡Que no! ¡Que en clase me pasa lo mismo! Cuando la señorita Clara explica las lecciones, me parece que estoy aprendiendo mucho, pero en cuanto ella deja de hablar, no me acuerdo de casi ninguna de las cosas que nos ha dicho.

—¡Pues sí que estamos arreglados! ¿Me estás preparando para unas malas notas o qué?

—No se mamá. El otro día, el control de «Mates» me salió muy flojo; es que no me sé bien las tablas. Y en Conocimiento del Medio no me acordaba de los nombres de los planetas, solo escribí dos... Ni del rollo de la traslación esa de la Tierra que nos puso...

—¡Cualquier día se te olvidará hasta cómo te llamas! ¡No sé qué voy a hacer contigo! Anda, anda. Dame un beso y vete, que vas a llegar tarde al colegio.

